

HISTORIA GENERAL DE CENTROAMÉRICA

VÍCTOR HUGO ACUÑA ORTEGA

editor



**LAS REPÚBLICAS
AGROEXPORTADORAS**



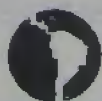
INDICE GENERAL
DE LA OBRA

- TOMO I: HISTORIA ANTIGUA
Robert M. Carmack
(ed.)
- TOMO II: EL REGIMEN
COLONIAL (1524-1750)
Julio César Pinto
Soria (ed.)
- TOMO III: DE LA ILUSTRACION
AL LIBERALISMO
(1750-1870)
Héctor Pérez
Brignoli (ed.)
- TOMO IV: LAS REPUBLICAS
AGROEXPORTADORAS
(1870-1945)
Víctor Hugo Acuña
Ortega (ed.)
- TOMO V: DE LA POSGUERRA A
LA CRISIS (1945-1979)
Héctor Pérez
Brignoli (ed.)
- TOMO VI: HISTORIA INMEDIATA
(1979-1991)
Edelberto
Torres-Rivas (ed.)

HISTORIA GENERAL
DE
CENTROAMÉRICA

HISTORIA GENERAL
DE
CENTROAMÉRICA

HISTORIA GENERAL DE CENTROAMÉRICA



FLACSO

972.8
HS9h

Las Repúblicas agroexportadoras / Víctor Hugo Acuña
Ortega, ed. -- 2 ed. -- San José: FLACSO - Programa
Costa Rica, 1994.
452 p.

Esta obra corresponde al Tomo IV de la obra: Historia
General de Centroamérica

ISBN 9977-68-055-8

1. América Central - Historia 2. Agricultura - América
Central 3. Política - América Central 4. Comercio -
América Central. 5. Café - América Central Historia 6.
Banano - América Central 7. Trabajo y trabajadores -
América Central 8. Liberalismo - América Central 9. Demo-
cracia - América Central I. Acuña Ortega, Víctor Hugo.
II. Título

Comisión Coordinadora:

Edelberto Torres-Rivas (Coordinador general)

Robert M. Carmack (Coordinador tomo I)

Julio César Pinto Soria (Coordinador tomo II)

Héctor Pérez Brignoli (Coordinador tomos III y V)

Víctor Hugo Acuña Ortega (Coordinador tomo IV)

Edelberto Torres-Rivas (Coordinador tomo VI)

Publicada por FLACSO

Programa Guatemala
Programa El Salvador
Programa Costa Rica
Secretaría General

© **Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - Programa Costa Rica**

Primera edición: España. 1993

Segunda edición: Costa Rica. 1994

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO
Programa Costa Rica. Apartado 11747. San José, Costa Rica

LAS REPÚBLICAS
AGROEXPORTADORAS
(1870-1945)

edición a cargo
de
VÍCTOR HUGO ACUÑA ORTEGA

Juarry Guzmán León
Ciencias Políticas
Tel.: 289-6490

Tomo IV

NOTA PRELIMINAR

El presente tomo de la *Historia General de Centroamérica* está consagrado al período que se ubica entre las Reformas Liberales, década de 1870, y la caída de las dictaduras instauradas en la década de 1930, y el comienzo de los primeros experimentos de reforma social y política al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Ésta fue la etapa de la historia de Centroamérica en que tuvo su auge y crisis el denominado modelo agroexportador o de desarrollo hacia afuera. Fue también la época en que las clases dirigentes centroamericanas decidieron adoptar las formas políticas y constitucionales liberales y los modelos culturales de la filosofía del progreso. Fue asimismo en esta era que los centroamericanos renunciaron a sus utopías unionistas y fueron educados, no siempre con éxito, en la noción de que pertenecían a una nación más circunscritamente definida cuyo destino, el orden y el progreso liberal asegurarían. Igualmente, durante esos tres cuartos de siglo Centroamérica descubrió el valor relativo de una vocación nacional cuando el progreso requiere el concurso del capital extranjero y cuando se es vecino de una potencia enérgica, ascendente y expansiva. En fin, durante la fase que se va a analizar, distintos sectores de las clases subalternas descubrieron identidades e intentaron lograr algún dominio en sus vidas de los efectos de un proceso global que escapaba totalmente a su control. Proyecto y realidad y los motivos de su discrepancia serán vistos en los trabajos que integran este volumen.

Hemos adoptado una forma de análisis que demanda alguna explicación. En primer lugar debemos advertir que los autores de los trabajos hemos intentado hacer una historia regional y no un relato de cinco experiencias nacionales yuxtapuestas. De igual manera, cuando los casos específicos se han considerado, la intención comparatista ha sido su razón de ser. La estructura de la obra sigue la siguiente lógica: en primer lugar hemos definido un período que va de 1870 hasta 1930 que corresponde a la implantación y al auge de la economía de expor-

tación y del régimen político liberal. Estas seis décadas han sido analizadas alrededor de cuatro temas fundamentales: la expansión de la caficultura, la formación del denominado enclave bananero, la evolución de los sistemas políticos y de las relaciones internacionales y, finalmente, la formación y el comportamiento sociopolítico de las clases subalternas. En segundo lugar, hemos definido el período 1930-1945 como de crisis y estancamiento de las economías centroamericanas y lo hemos sometido a un análisis global en el que aspectos económicos, políticos y sociales fueron integrados. Esta ordenación del tomo comporta algunas lagunas. Salta a la vista la ausencia de un ensayo sobre la historia de la cultura y del pensamiento centroamericanos en esos tiempos liberales, lo que resulta indispensable para comprender cuestiones tan medulares como la formación de las identidades nacionales y los valores y las actitudes políticas de las clases dirigentes. De igual manera, no fue posible abundar más en los aspectos de la historia de las instituciones políticas y estatales y algunos podrán pensar, legítimamente, que las relaciones internacionales merecían un ensayo independiente.

Ésta es una obra que intenta sintetizar los conocimientos más recientes sobre el desarrollo centroamericano del período. En tal sentido es un trabajo actualizado, lo que no significa que sea completo o definitivo. Todos los autores de los ensayos han tenido que afrontar el problema de un débil y desigual desarrollo de los estudios históricos en la región. Es indudable que la historia económica y la historia social han hecho avances importantes en las últimas décadas. Por el contrario, la historia política se ha renovado muy poco y los estudios de historia de la cultura apenas empiezan. Nuestra obra es tributaria de tal situación. De esta manera, con ella aspiramos a que se estimulen las investigaciones sobre esta etapa de la historia del istmo.

Finalmente, el lector debe ser advertido de que por tratarse de un texto de síntesis hemos tratado de limitar al máximo los aspectos eruditos del trabajo académico. En consecuencia, hemos reducido hasta donde ha sido posible la utilización de citas y notas. No obstante, cada autor ha consignado aquellas obras que considera fueron indispensables en la elaboración de su ensayo. Como editor de este tomo de la *Historia General de Centroamérica* quisiera dejar constancia de nuestra deuda con Luis Pedro Taracena por su minucioso trabajo en la preparación de los textos para su impresión.

VÍCTOR HUGO ACUÑA ORTEGA

Capítulo 1

CAFÉ, TRABAJO Y SOCIEDAD EN CENTROAMÉRICA, (1870-1930): UNA HISTORIA COMÚN Y DIVERGENTE *

Mario Samper K.

INTRODUCCIÓN

La historia centroamericana, vista en su conjunto para el período 1870-1930, es la de una región en que la caficultura jugó un papel decisivo: como actividad productiva relevante, como universo social y como epicentro de pugnas por el poder. Durante esas seis décadas, el café constituyó el motor principal del crecimiento agroexportador en la economía centroamericana como un todo, aunque su importancia local varió muy fuertemente. Con el café y los procesos a él asociados, se iniciaron o aceleraron transformaciones profundas e irreversibles en las relaciones de clase en el campo centroamericano. La caficultura contribuyó también a redefinir las condiciones de interacción sociopolítica en el interior de aquellas sociedades en que se constituyó en eje fundamental no sólo de la producción sino también de las pugnas de poder.

La centroamericana no fue, por supuesto, una historia exclusivamente cafetalera. Hubo otros ejes productivos, otros ámbitos de relación social asociativa y conflictiva, que no encuentran explicación en el café, y otros factores en el juego de fuerzas sociopolíticas durante el período. Pero la caficultura afectó de modo esencial a la vida centroamericana, incidió en muy diversos planos de la dinámica social, y condicionó el desenvolvimiento de regiones no cafetaleras. En la perspectiva

* Agradezco al economista agrícola Paul Sfez, a los historiadores Ciro Cardoso y Lowell Gudmundson, y al compilador de este tomo sus valiosas críticas y sugerencias a una versión anterior, mucho más extensa, de este capítulo. Soy, por supuesto, único responsable de su contenido, dentro de las inevitables limitaciones de espacio. Las secciones que no fue posible incluir aquí, especialmente en lo concerniente a las relaciones de poder, se incluirán en un trabajo posterior.

de una historia regional centroamericana nos ofrece, pues, un punto de partida idóneo para comprender la interrelación entre los procesos sociales de esas décadas.

El objetivo central de este ensayo es explicar, desde una perspectiva histórica, los impactos del crecimiento agroexportador sobre la organización técnica y social de la producción agraria y, en sentido más general, sobre las relaciones entre productores directos y dueños de capital en el amplio y variado espacio centroamericano que tuvo como una de sus actividades fundamentales entre 1870 y 1930 la caficultura.

El período 1870-1930 conoce el auge de la caficultura como principal cultivo de exportación en cuatro de los cinco países de la región. Se abre con el incremento acelerado de las exportaciones cafetaleras ya no sólo de Costa Rica, sino también de Guatemala y El Salvador, y finalmente de Nicaragua. Sólo en Honduras, bananera, ganadera y minera, continuó siendo un producto de escasa importancia a lo largo del período, y no sería hasta varias décadas después que se tornaría prominente allí. Para Centroamérica en su conjunto, el café llegó a constituir desde fines del siglo XIX el más importante producto local destinado a los mercados internacionales. Concluye el período con la crisis de los años treinta, que en lo concerniente a Centroamérica no fue solamente una coyuntura externa derivada del derrumbe de las bolsas de valores. Señaló, también, la agudización de las dificultades precedentes del mercado cafetero internacional, por sobreproducción del grano; y evidenció las debilidades del modelo agroexportador monocultivista, no sólo por la dependencia estructural sino también por el agotamiento de las tierras cafetaleras y la tendencia a la desvalorización del trabajo dedicado a su cultivo con técnicas tradicionales. Fue, asimismo, un momento en que se acentuaron contradicciones y pugnas políticas, en que antiguas y nuevas fuerzas sociales organizadas disputaron el derrotero de Centroamérica para los años venideros.

Al abordar este período será necesario hacer alguna referencia a los antecedentes del desarrollo de la caficultura y de otras actividades relacionadas con ella, así como de los sectores sociales pertinentes y las estructuras de poder hacia 1870. Asimismo, algunos aspectos del análisis deberán prolongarse más allá de 1930, para ofrecer una visión suficientemente amplia de los procesos en curso y sus derivaciones posteriores. Sin embargo, el tratamiento de temáticas afines para el período anterior y subsiguiente, en otros tomos de esta serie, permitirá centrar la atención, aquí, en las seis décadas de mayor crecimiento extensivo de la actividad cafetalera en Centroamérica y de los procesos sociales directamente asociados a ella.

Desde el punto de vista histórico-geográfico, el objetivo planteado nos remite, en primera instancia, a la zona predominantemente montañosa del Pacífico centroamericano, desde Guatemala hasta Costa Rica.



1.1. FINCA DE CAFÉ LAS NUBES.



1.2. CORTADORES DE CAFÉ COMIENDO.

Si las tierras bajas y lluviosas del Caribe fueron zonas de escasa población antes del auge bananero de fines del siglo XIX, la zona occidental, con sus fértiles tierras de origen volcánico y sus dos estaciones, estaba mucho más densamente poblada.

Aún a mediados del siglo XIX, las herencias culturales autóctonas y foráneas se traducían en distintas tradiciones agrícolas, actividades económicas y formas de organización social. Mientras que en la agricultura del Caribe centroamericano, a menudo itinerante, los tubérculos eran especialmente importantes aunque también había algunos cultivos comerciales autóctonos como el cacao, en el Pacífico la agricultura era, para entonces, una intrincada combinación de cultivos americanos como el maíz, el tabaco o el añil, de plantas importadas del Viejo Mundo como la caña de azúcar, el trigo o el arroz, y de ganadería vacuna y equina, introducida también por los colonizadores españoles y adoptada luego por indígenas y mestizos. Tales herencias no fueron sólo de especies vegetales o animales, sino también de sistemas de producción agrícola y pecuaria, con sus respectivas tecnologías y modos de organización del trabajo.

En contraste con la plantación bananera del fin de siglo, que organizó espacios casi vacíos, de poblamiento muy disperso o reciente, la expansión cafetalera habría de insertarse primero en zonas ya habitadas para luego incorporar nuevas áreas del Pacífico centroamericano. Ello habría de originar, asimismo, complejas interacciones entre la caficultura y otras actividades económicas de ese ecúmene o espacio económico colonial y post-colonial.

Pero Centroamérica no se escindía únicamente entre sus dos vertientes, sino que el Pacífico centroamericano era también, para usar la expresión de Carolyn Hall ¹, un «espacio fragmentado»: los núcleos de asentamiento colonial con su respectivo ecúmene y sus heterogéneos sistemas productivos estaban separados por amplias zonas boscosas, dificultosamente comunicadas entre sí.

La integración subordinada de la población autóctona en el Pacífico centroamericano aún no se completaba, si bien algunas colectividades habían sido incorporadas más o menos coercitivamente en el ámbito hispano. El proceso de asimilación económica y cultural había sido mucho más acelerado y completo en unas zonas que en otras. Las etnias indígenas conservaron en mayor grado su identidad en Guatemala, donde a fines del siglo XIX y principios del XX constituían alrededor de dos tercios de la población. En Nicaragua representaban para entonces aproximadamente un tercio, y tanto en Honduras como en El Salvador quizá un quinto de la población. Sólo en Costa Rica era mínima la población autóctona, inferior a 1% del total ². La etnicidad constituía aún, en el período que nos ocupa, un factor sumamente importante en las relaciones laborales de varias regiones centroamericana-

nas, en el acceso a la tierra, en los vínculos mercantiles, en la conflictividad social y en el plano propiamente político.

Con la expansión cafetalera y el desarrollo de redes de transporte tanto vial como ferroviario, en la segunda mitad del siglo XIX se logró una mayor integración económica en el interior de cada país centroamericano, cuando menos entre las zonas de producción agroexportadora y los puertos principales. A la vez, los países centroamericanos se vinculaban más directamente al mercado mundial por vía marítima, a medida que crecía su producción exportable. Pero también se debilitaron aún más los vínculos económicos y las comunicaciones directas entre los países de la región. El fracaso de los intentos unionistas en Centroamérica no haría sino subrayar esta fragmentación del espacio socioeconómico y sociopolítico centroamericano.

Se trataba, también, de espacios histórico-sociales bien diferenciados. Divergían, claro está, por su evolución anterior, por los modos en que se expresaban las herencias productivas y culturales, por la distinta organización de las sociedades y estructuras de poder tanto nacionales como locales. Así, por ejemplo, el campesinado con acceso independiente a la tierra constituía un segmento mucho más amplio de la población rural costarricense u hondureña que de la salvadoreña. Y el control de las clases dominantes sobre la tierra y el trabajo, su acumulación previa de capital, la importancia de los mecanismos mercantil-crediticios como medios de enriquecimiento y control indirecto de la producción, la capacidad de coacción efectiva de su aparato represivo y los procesos de legitimación social de su poder, divergían muy significativamente de un caso a otro desde antes de 1870. Tales diferencias incidirían muy directamente en procesos como la privatización de la tierra y el reclutamiento de mano de obra para la expansión de la cafi-cultura, en la organización técnica y social de su cultivo, recolección, procesamiento y comercialización, y de modo más general en la dinámica de las relaciones de clase y de poder.

Durante el período que nos ocupa, bajo el impulso del crecimiento agroexportador, las sociedades agrarias centroamericanas sufrieron hondas transformaciones, en sentidos no siempre convergentes pese al común denominador cafetalero. Los contrastes no deben ocultar, sin embargo, los procesos compartidos que son igualmente significativos. Interesa esclarecer, precisamente, cuáles fueron y a qué se debieron los rasgos afines y discrepantes en el impacto del café como principal cultivo de exportación y como ámbito de relación social. Pero sobre todo, más allá de la comparación, se trata de explicar desde una perspectiva centroamericana los procesos generales que afectaron al istmo, con sus respectivas variantes subregionales.

Al centrar la atención en el Pacífico centroamericano, se incluyen zonas no cafi-cultoras tanto de las tierras altas, v.g. de producción gra-

nera o lechera, como de las tierras bajas, por ejemplo cañeras o ganaderas de engorde. Se abarca, asimismo, los principales centros urbanos y sus zonas de influencia, como elementos constitutivos de un espacio histórico-geográfico en el cual se redefinían los vínculos rural-urbanos. En cambio, se excluye del análisis socioeconómico y sociopolítico pormenorizado el eje productivo del Atlántico centroamericano, fundamentalmente asociado a las plantaciones bananeras, que será tema central de otro capítulo en este mismo tomo. Sin embargo, el enfoque regional centroamericano hace indispensable referirnos a las relaciones entre «monocultivo» y «enclave», tanto en el plano macroeconómico como en el de la evolución de los Estados nacionales. Asimismo, la creación de redes de transporte ferroviario transcontinental establece conexiones más directas entre las zonas cafetaleras del Pacífico y el litoral caribe. Hubo también interrelaciones laborales entre aquéllas y éste, v.g. por el impacto potencial o efectivo de la atracción de mano de obra hacia el Atlántico sobre su disponibilidad en el occidente del istmo, que a su vez generó políticas estatales reactivas.

Nos proponemos repensar las respectivas historias nacionales desde una cima más alta, a partir de la cual podamos apreciar en toda su extensión las volcánicas cordilleras de nuestro Pacífico, con sus valles y sus lagos, así como sus derivaciones y tierras costeras, pobladas principalmente por indígenas y ladinos pero también por otros grupos étnicos. Más distantes, sin llegar hasta ellas, podrán divisarse también las lluviosas llanuras de nuestro Atlántico, donde se encuentran los inmigrantes caribeños con los provenientes del occidente ístmico. En determinados momentos, se harán, igualmente, algunas observaciones comparadas sobre tierras aún más lejanas, en otras zonas de América Latina y el Caribe donde la caficultura jugó un papel tan importante como en la Centroamérica que intentamos aprehender.

Al adoptar una óptica centroamericana, en lugar de la sumatoria de historias individuales, se procura integrar una visión de conjunto sobre el tema planteado, a saber: la común y divergente evolución de la caficultura en la región, su imbricación con otras actividades productivas y procesos sociopolíticos, sus significados afines y diversos. Sabemos que el auge agroexportador asociado al café tuvo características y connotaciones muy diferentes en diversas zonas de América Central durante el período. De allí que nos planteamos como interrogante central la siguiente:

¿Por qué tuvo la caficultura centroamericana, entre 1870 y 1930, significados sociales tan distintos pese a las afinidades en sus características como cultivo de exportación?³

Claro está que es necesario explicitar también aquello que caracterizó, en lo esencial, al universo cafetalero centroamericano, pese a sus variantes locales, y que en algunos aspectos lo diferenció de otros casos

latinoamericanos. Si bien no esperamos dar una respuesta definitiva, sí exploraremos algunas rutas que podrían contribuir a explicar las generalidades y las particularidades observadas.

NUEVOS RUMBOS: LA EXPANSIÓN INICIAL DE LA CAFICULTURA CENTROAMERICANA

Desde su introducción en el período colonial tardío, el cultivo de café arábigo se difundió gradualmente por Centroamérica. Entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX, hay referencias a la siembra de semilla traída de La Habana y otras partes del Caribe, en huertos pertenecientes a gobernadores y miembros del clero tanto de Guatemala como de Costa Rica. También es probable que se plantase desde el período colonial tardío en El Salvador. En Nicaragua, su cultivo no parece haberse iniciado hasta la década de 1840, y en Honduras se informa la existencia de cafetos en 1858, sin que se cultivasen a escala comercial⁴.

Si en un principio se consideró al cafeto como una planta ornamental, también eran conocidos sus usos medicinales, v.g. para aliviar los dolores de cabeza, en particular los producidos por la enebriación. No podemos descartar que, como en otras zonas productoras, se fermentase su pulpa para producir bebidas alcohólicas. Aunque la infusión que constituía su principal forma de consumo era todavía una bebida aristocrática, en Europa como en América, su demanda era creciente. Dado el ejemplo de su cultivo exitoso a escala comercial en las Antillas, las autoridades coloniales en Centroamérica fomentaron la siembra del grano. Así, la Real Orden del 15 de noviembre de 1803 dispuso: «exonerar de todo impuesto del diezmo y la alcabala por diez años a todo nuevo plantío de café que se cultivase en tierras del Reyno de Guatemala»⁵.

En los años siguientes, esa disposición se tradujo en medidas tendientes a incentivar el cultivo local del café en las provincias de la Capitanía General y luego en los jóvenes Estados de la República Federal. La eficacia de tales medidas fue mayor y más inmediata en Costa Rica que en Guatemala o El Salvador, con exportaciones coloniales más fuertes y dinámicas, aun después de la Independencia.

Antes de 1820, solamente había en Centroamérica pequeñas plantaciones de café que no alcanzaban a cubrir la escasa demanda local. En ese año, se realizaron los primeros dos pequeños envíos de café de que se tenga noticia, de Costa Rica a Panamá. En 1825, se informa de exportaciones de café por valor de 3.000 pesos, de la República Federal,



1.3. SIEMBRA DE CAFÉ.



1.4. PRIMER DÍA DE CORTE DE CAFÉ.

las cuales probablemente provenían también de Costa Rica⁶. La primera exportación de café centroamericano, en cantidad comercial, fue la de Costa Rica a Chile en 1832. En Guatemala y El Salvador, las primeras exportaciones comerciales, todavía menores de 1.000 quintales, se harían solamente en 1855⁷. Para entonces, Costa Rica exportaba ya entre tres y cuatro millones de kilogramos (66.000 a 88.000 quintales). En Nicaragua, la expansión cafetalera comenzó a tomar fuerza sólo a partir de fines de la década de 1850, tras la conclusión de la Guerra Nacional. En Honduras, como ya se indicó, el café se conocía ya para entonces, pero su cultivo comercial aún no se había desarrollado.

Hacia 1870, las exportaciones de café guatemalteco y salvadoreño habían aumentado muy significativamente. En el primero de esos países, se exportaron en ese año casi 6.000.000 de kilogramos, poco más de la mitad del volumen exportado por Costa Rica en esa fecha. En El Salvador, aunque a un ritmo menos acelerado, también habían crecido notoriamente las exportaciones, mientras que en Nicaragua recién se iniciaba la expansión cafetalera, produciendo un excedente exportable de unos 200.000 kilogramos. En Honduras la producción total era similar a las exportaciones nicaragüenses, y se consumía localmente, salvo algunas cantidades seguramente reducidas que pudiesen salir via El Salvador.

La importancia relativa del café para la economía de los países centroamericanos fue muy diversa durante la fase de expansión inicial hasta 1870. En Costa Rica, donde no tuvo que competir con otro cultivo de exportación fuertemente arraigado, se había convertido en el principal producto exportado desde antes de mediados de siglo, cuando para el comercio exterior de los demás países el café todavía era insignificante. Aún a fines de la década de 1850, por ejemplo, escasamente constituía un 1% del valor total de las exportaciones salvadoreñas⁸.

Al iniciarse la década de 1870, poco antes del establecimiento de las plantaciones bananeras del Atlántico, la economía costarricense era esencialmente monoexportadora. El café representaba, para entonces, más del 90% del valor total de sus exportaciones. En Guatemala, el peso relativo de las exportaciones cafetaleras había crecido de modo acelerado en la década de 1860, desplazando parcialmente a la producción de grana o cochinilla. En 1871, constituía ya un 50% del valor total de las exportaciones guatemaltecas. En El Salvador, el valor absoluto de la producción añilera había seguido aumentando aunque a un ritmo menor que el valor del café exportado. Así, en 1870 el café generaba un 20% del valor exportado, mientras que las exportaciones de añil cuadruplicaban las de café. En Nicaragua, la importancia del café en el comercio exterior seguía siendo mínima, y en Honduras aún no se exportaba en cantidades que ameritasen su registro en los anales del comercio exterior.

En síntesis, la difusión de la caficultura en Centroamérica hasta 1870 había sido muy significativa, pero la economía regional en su conjunto distaba mucho de ser monoexportadora. Por países, Costa Rica no sólo conoció la expansión cafetalera más temprana, sino que había alcanzado el mayor grado de especialización y era el principal productor y exportador de café de la región. En Guatemala, pese a que las exportaciones de café se iniciaron veinte años después que en Costa Rica, habían crecido rápidamente hasta el punto de constituir ahí el principal producto de exportación, sin llegar a desplazar del todo a los restantes. En El Salvador, su crecimiento también había sido importante, pero más lento, y aún predominaba allí la producción añilera. En Nicaragua y Honduras, el café no era aún un producto de exportación relevante.

Las razones de la temprana o tardía expansión de la caficultura en distintas partes de América Central, así como de su papel primordial o secundario en las respectivas economías nacionales y regionales, son varias, y nos remiten a distintas modalidades de inserción agroexportadora al mercado mundial. Consideremos cada uno de los países, antes de ensayar luego una explicación más general.

Para Costa Rica, además de la carencia de un producto de exportación fuertemente competitivo después de la Independencia, cabe mencionar la existencia de una población escasa pero personalmente libre y móvil, sobre todo una vez eliminados los obstáculos coloniales a la colonización agrícola espontánea. A la par de las medidas de fomento directo al cultivo cafetalero, tales como la distribución gratuita de cafetos y las exenciones a quienes lo cultivasen, el acceso a tierras nuevas por parte de comerciantes y campesinos, en zonas apropiadas para él, facilitó la rápida extensión de este cultivo. A ello puede haber contribuido, también, el tipo de relaciones mercantil-crediticias establecidas entre unos y otros desde las décadas anteriores a la Independencia, y dinamizadas posteriormente por el acceso directo a los mercados europeos como también al financiamiento por parte de las casas comercializadoras del viejo continente.

Para Guatemala y El Salvador, se ha considerado que la producción de tintes para la exportación y la rigidez de las estructuras sociales sobrevivientes del período colonial retrasaron la difusión de la caficultura. Ciertamente, la demanda de tintes naturales continuó después de la Independencia, y pervivieron los modos tradicionales de organizar su producción. En Guatemala, donde era más importante la producción de grana o cochinilla, se hizo necesario a partir de mediados de siglo sustituir este rubro por otro con mayor demanda en el mercado europeo, como el café. Sin embargo, la expansión de la caficultura no se basó en una modernización de relaciones de producción tradicionales, sino en la restauración del reclutamiento coercitivo de trabajadores



15. FINCA DE CAFE SAN ISIDRO.



16. TRASPLANTE DE JÓVENES CAFETOS.

indígenas endeudados, práctica colonial venida a menos después de la Independencia. En el caso salvadoreño, la expansión ligeramente demorada de la caficultura, en comparación con el caso guatemalteco, se explica parcialmente porque el añil mantuvo una demanda y producción creciente durante un lapso mayor que la grana. Pero también, como lo señala Héctor Lindo, intervinieron los costes de transporte, que con los ferrocarriles y la navegación a vapor favorecieron al café, con su menor valor por volumen, por lo cual el ahorro de costes era relativamente mayor que en productos como el añil ⁹.

Tanto en Guatemala como en El Salvador, la expansión inicial de la caficultura precedió al apogeo de las reformas liberales, que transformarían de modo mucho más radical las estructuras agrarias salvadoreñas que las guatemaltecas, por la competencia más aguda entre comunidades indígenas y hacendados por tierras aptas para este cultivo y por los distintos modos en que se resolvió el problema de la mano de obra.

La tardía expansión de la caficultura en Nicaragua y su escaso desarrollo durante el período en Honduras obedecieron, al parecer, a motivos distintos. La nicaragüense era una economía agroganadera relativamente diversificada y, sobre todo, orientada mucho más a los mercados centroamericanos que a los europeos. Esto, junto con la localización geográfica de las tierras más aptas para café y el impacto económico de los conflictos político-militares en ese país, contribuye a explicar por qué no se expandió tempranamente este cultivo en Nicaragua, pese a haberse introducido en ciertas zonas antes de mediados del siglo XIX. Sin embargo, hacia el fin de siglo había adquirido ya alguna importancia. En Honduras, por el contrario, no llegó a tenerla antes de 1930, hasta mediados del siglo XX. Robert Williams lo ha explicado por una conjunción de factores, entre los cuales destaca la dispersión de las pequeñas zonas aptas para café, que dificultó la construcción de vías de comunicación para su transporte. El café se cultivó en Honduras desde el siglo XIX, y aunque pueden haberse exportado algunas cantidades por El Salvador, la producción era principalmente para consumo interno. A ello contribuyó, también, en opinión de Williams, el control de las comunidades campesinas sobre la tierra y la escasez de mano de obra asalariada ¹⁰. Cabe señalar que mientras el Estado salvadoreño abolía legalmente los ejidos y tierras comunales a inicios de la década de 1880, el hondureño más bien creaba nuevos ejidos. Sin duda, la debilidad relativa tanto de la elite hondureña como del Estado nacional en ese país contribuyó a restringir su capacidad de ejecutar un programa de privatización radical como el salvadoreño.

Conviene recordar, aquí, que si bien algunos mecanismos y procesos de privatización precedieron al auge cafetalero, la expansión de la ca-

ficultura se inició en algunas regiones antes de la reducción generalizada de tierras comunales a dominio privado, y en otras fueron procesos paralelos. La privatización, iniciada ya anteriormente, facilitó sin duda la difusión de la caficultura, por la «liberación» tanto de tierras como de mano de obra, y se aceleró con la expansión de ese cultivo. Pero la desaparición de propiedades comunitarias no fue siempre precondición indispensable para el desarrollo de la caficultura centroamericana, durante su expansión inicial, que se dio también en tierras de propiedad comunitaria. En realidad, ambos procesos se reforzaron mutuamente.

A partir de los casos individuales, es posible proponer para Centroamérica en su conjunto ciertos factores de especial importancia que es necesario tomar en cuenta al explicar los tiempos, los ritmos y los alcances de la expansión cafetalera en diversas regiones. Entre ellos podemos citar

- Las herencias coloniales: existencia o no de un producto de exportación importante en el momento de la Independencia y su viabilidad posterior; mayor o menor rigidez de las estructuras productivas y sociales heredadas del período colonial, etcétera.
- La evolución de la demanda y los precios para los productos tradicionales, en especial los tintes pero también otros agropecuarios, comparados con el café.
- La mayor o menor disponibilidad de mano de obra asalariada, bajo relaciones libres o coercitivas.
- La ubicación de las tierras aptas para el café: superposición o no con formas comunales de propiedad; dispersión o concentración geográfica; distancia a los puertos.
- Los costes de transporte, relativos a valor y volumen tanto del café como de los productos alternativos, y la construcción de infraestructura vial y ferroviaria.
- El acceso del campesinado a tierras aptas para el café y su dedicación a dicho cultivo en el contexto de diversos sistemas de producción.
- La disponibilidad de capital para invertir en el negocio cafetalero, y la evaluación por parte de sus poseedores sobre la rentabilidad, los riesgos y las perspectivas del mismo, frente a otras opciones existentes.
- El grado y modo de integración de distintos tipos de productores y grupos sociales a los mercados locales, ístmicos o extrarregionales.
- La fuerza o debilidad relativas de la elite y del campesinado, en términos de su control sobre ámbitos de la producción y la circulación así como sus formas y condiciones de interacción sociopolítica.
- La mayor o menor capacidad del Estado nacional para imponer los cambios requeridos para la expansión cafetalera, así como su rumbo, velocidad y profundidad.



1.7. CORTE DE CAFÉ.

Claro está que los distintos significados histórico-sociales del crecimiento agroexportador en cada caso no resultaron de la simple acumulación de varios factores, sino de la dinámica de las relaciones de clase a lo largo del período. En particular, se hace necesario considerar la participación diferenciada de los principales tipos de unidades productivas y sectores sociales en la producción, procesamiento, transporte, financiación, comercialización interna y externa del café y de otros productos. Ello nos refiere también, necesariamente, a sus interacciones conflictivas, a sus luchas por la distribución del plusproducto y por cuotas de poder. En este capítulo se enfatizarán los procesos socioeconómicos, pero su comprensión cabal remite también a los sociopolíticos, implícitos en el análisis a efectuar.

CENTROAMÉRICA EN EL MUNDO: CRECIMIENTO ECONÓMICO, COMERCIO EXTERIOR Y MERCADOS INTERNOS

El amplio territorio centroamericano, con más de 420.000 km², estaba habitado por alrededor de 2.370.000 personas, según los recuentos de la época, que podemos suponer eran algo incompletos¹¹. La densi-

dad demográfica era, en todo caso, muy baja, de unos 5 a 6 hab/km². En Costa Rica, Honduras y Nicaragua era aún más baja, mientras en Guatemala duplicaba y en El Salvador quintuplicaba el promedio regional. El noroeste centroamericano estaba, pues, mucho más densamente poblado que el resto del istmo. Pero a lo largo de éste, la población se concentraba, también, hacia el Pacífico, sobre todo en los valles intermontanos.

Era también allí, en la zona montañosa occidental y en el litoral pacífico donde se localizaba la mayor parte del espacio agrícola efectivo y también el de mayor potencial para la expansión de cultivos intensivos. Había, al respecto, diferencias importantes entre países. Así, por ejemplo, Costa Rica tenía mayor proporción de tierras nuevas por colonizar que El Salvador, lo que incidiría de modo importante en sus respectivos derroteros histórico-sociales.

La economía agraria centroamericana al inicio del período que nos ocupa estaba, pues, esencialmente orientada hacia el Pacífico, donde se combinaban dos productos de exportación principales (añil y café) con otros cultivos comerciales de menor importancia, como la caña de azúcar o el tabaco, y una amplia, además de diversa, producción alimentaria¹². Esta última tenía como base el maíz, de vasta difusión en toda la región. Se asociaba al frijol, a los tubérculos, a las hortalizas y a otras numerosas plantas alimenticias cultivadas para el consumo familiar o local. La ganadería, sumamente extensiva, ocupaba un área mayor que cualquiera de esos cultivos. También eran importantes las actividades extractivas, tanto mineras como forestales. Había, además, procesamiento agroindustrial, sobre todo de caña y café, y manufacturas principalmente textiles, en talleres domésticos como también en un reducido número de otros de mayor envergadura. El año de 1870 se ubicaba en la divisoria entre dos períodos de la historia económica centroamericana: uno en el cual predominaron todavía las formas coloniales de organización de la producción y de las relaciones sociales, y otro en que se afianzaron nuevos modos de producir e interactuar, insertos en una dinámica asociada estrechamente al auge agroexportador, primordialmente cafetalero.

Las exportaciones centroamericanas

El auge agroexportador de 1870 hasta 1930 estuvo asociado a una redefinición sustancial de la relación entre las economías centroamericanas y el mercado mundial. Ello se reflejó en las tendencias y características básicas del comercio exterior, en el cambiante papel del capital extranjero, y en el desarrollo de los mercados internos de la región. Conviene precisar aquí tanto los rasgos comunes como las dis-

paridades en dicho proceso, a fin de evaluar su significado para estas sociedades.

Entre 1870 y 1930 cambiarían, de modo gradual pero muy sustantivo, tanto los volúmenes y valores como la orientación del comercio exterior centroamericano. Dado el énfasis primario-exportador de estas economías y la importancia creciente de las importaciones en el abastecimiento a los mercados internos de la región, las variaciones tendenciales y coyunturales de su sector externo tuvieron un impacto decisivo en el comportamiento económico general, en las finanzas públicas y en el bienestar de amplios sectores de la población. Una abundante cosecha de café en Centroamérica, o una mala en Brasil, no significaban solamente un buen año para los cafetaleros del istmo, sino también para las economías nacionales y para los gobiernos. Claro está que un mal año del principal cultivo de exportación podía, también, ser desastroso, tanto en el plano económico como, algunas veces, para el gobierno de turno.

Las fluctuaciones del precio internacional del café, presentes desde el inicio del período, se acentuaron a fin de siglo, cuando la sobreproducción brasileña, aunada a la crisis económica internacional, deprimió severamente las cotizaciones del grano. La recuperación posterior fue interrumpida nuevamente a partir de 1913, y otro tanto ocurrió al concluir la década de 1920. Además, había siempre variaciones coyunturales menores, de un año a otro, que afectaban fuertemente a los países y productores más especializados.

En términos generales el período analizado fue de crecimiento fuerte, con acentuadas variaciones coyunturales, en el volumen y valor de los principales productos agrícolas de exportación. No obstante, hubo al respecto divergencias significativas, no sólo entre países sino también entre el eje productivo del Pacífico, que giraba en torno al café, y el del Atlántico centrado en la actividad bananera.

Las exportaciones de café crecieron rápidamente en Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua desde la década de 1870, aunque su dinamismo era anterior, sobre todo en el caso costarricense pero también en el guatemalteco. En 1880, Centroamérica ya producía más de 28.000.000 de kilos de café, que se exportaban casi por completo pues el consumo local era reducido. Cerca de cuatro quintas partes de ese volumen exportado provenían de Costa Rica y Guatemala¹³. Medio siglo después, el volumen de las exportaciones cafetaleras centroamericanas se había duplicado, aunque el aumento de la cosecha era en realidad bastante mayor. La discrepancia se debía, en parte, al incremento gradual del consumo interno, pero también a la creciente saturación del mercado cafetero internacional, que dificultaba en algunos años, hacia el final del período, la inmediata colocación de la totalidad del café producido.



1.8. AFUERAS DE SAN JOSÉ Y CAMINO DE CARTAGO.

El valor de las exportaciones cafetaleras aumentó mucho más que su volumen, como consecuencia del incremento del precio nominal del café centroamericano. Sin embargo, el valor de intercambio de cada quintal exportado pasó de ser creciente, en un principio, a estancarse primero y declinar posteriormente.

La producción bananera, que constituía el segundo eje agroexportador, era mínima al inicio del período pero creció en forma rápida y sostenida a lo largo del mismo, salvo en Costa Rica donde declinó después de 1913. Hacia 1929, se exportaban del Atlántico centroamericano más de 45.000.000 de racimos. Honduras era el principal productor, pero Costa Rica y Guatemala también exportaban cantidades importantes. Nicaragua producía volúmenes menores, y El Salvador no producía banano para el mercado mundial.

El peso agregado del café y los bananos en el comercio exportador del istmo fue abrumador a todo lo largo del período y en cada uno de los cinco países. La caficultura dominó ampliamente el sector externo de la economía guatemalteca y salvadoreña, fue fundamental en Costa Rica y llegó a adquirir un peso relevante en Nicaragua.

En Guatemala, el café pasó de representar aproximadamente la mitad del valor de lo exportado en 1870 hasta casi el 90% en 1880. Pos-

teriormente, el café mantendría su primacía, pese a la expansión del cultivo bananero desde el fin de siglo. Tanto en 1913 como en 1927, el café generó cerca del 85% del valor de las exportaciones guatemaltecas. Para el último de esos años, las exportaciones bananeras constituían otro 9% del comercio exportador de ese país.

El monocultivo cafetalero llegó a ser especialmente acentuado en El Salvador, a pesar de que la expansión del cultivo se aceleró una década después que en Guatemala. En 1870 representaba solamente un 17% del valor de las exportaciones, dominadas aún por el añil. Ya a partir de 1881, el café generaba más de la mitad de las divisas por concepto de exportaciones, y alrededor del 75% desde inicios del siglo XX. En la década de 1920, el café representaba más del 90% del valor de las exportaciones salvadoreñas. El segundo producto en importancia, de los exportados por ese país, era para entonces la caña de azúcar, también en manos de plantadores nacionales.

Guatemala y El Salvador eran, pues, los dos países centroamericanos con mayor especialización caficultora, desde el punto de vista de su comercio exterior. Ello contrasta, por ejemplo, con el caso de Brasil, donde pese a dominar el mercado mundial, las exportaciones cafetaleras nunca pesaron tan abrumadoramente en el comercio exterior brasileño.

En otros dos casos centroamericanos tendría el café, también, un peso preponderante, aunque algo menor que en El Salvador y Guatemala:

En Costa Rica, el café alcanzaba a constituir, a inicios de la década de 1870, más del 90% del comercio exportador. Desde entonces, a pesar del continuado crecimiento de las exportaciones cafetaleras, su peso relativo declinó hasta alrededor de 1910. Ello fue consecuencia directa del auge de la producción bananera, que venía expandiéndose desde la década de 1880 en el litoral caribe costarricense. Reflejó también, en alguna medida, las acrecentadas exportaciones de metales preciosos durante el llamado «Segundo ciclo minero» de ese país. Hacia 1910, el café conformaba menos de un tercio del valor total exportado, aunque seguía siendo el único producto de exportación importante en manos de productores nacionales e integrado efectivamente en la economía nacional. Durante las dos décadas siguientes, el café recuperó importancia, a medida que disminuyó en ese país la producción bananera y declinó también la minería. Hacia 1927, el café generaba casi el 60% de las divisas por concepto de exportaciones, pero nunca recobraría el peso abrumador de inicios del período. La relación con la producción bananera se había invertido, pues ésta representaba poco menos de un tercio del valor total de las exportaciones; otro 4%, aproximadamente, lo constituía el cacao, producido también en el litoral atlántico.

En el caso de Nicaragua, como ya se indicó, la expansión cafetalera

fue tardía respecto de los tres países ya comentados, y su comercio exterior mantuvo un mayor grado de diversificación. No obstante, llegó a constituirse allí también en el principal producto de exportación en el período. En 1871, el café aportaba poco menos de un 9% de las divisas por exportaciones, mayoritariamente conformadas por añil, hule, oro en pasta y una amplia gama de productos agrícolas, artesanales y extractivos. En las dos décadas siguientes, el café se constituyó en el principal producto de exportación nicaragüense, posición que mantendría, con altibajos, hasta la conclusión del período analizado. En 1890 alcanzó a generar el 71% de las divisas por exportación, y en las cuatro décadas siguientes fluctuó generalmente entre el 45% y el 65% del valor exportado. La producción bananera nunca fue tan significativa como en Honduras o Costa Rica, pero era la segunda exportación agrícola en términos de valor, seguida por la caña de azúcar. Las actividades extractivas, tanto forestales como mineras, bajo el control de capitales foráneos, eran también renglones significativos del comercio exterior a fines del período.

Sólo en Honduras fue el café un producto de muy escasa significación en el comercio exterior a lo largo de todo el período. Aunque se cultivaba desde hacía varias décadas, la cosecha de café era principalmente para el consumo interno, y quizás alguna exportación bajo marcas salvadoreñas o guatemaltecas. Todavía a fines de la década de 1880, el café figuraba sólo mínimamente en los datos de exportaciones hondureñas, con menos del 3% de su valor. Ya para entonces, la producción bananera dominaba ampliamente las exportaciones agropecuarias, con cerca del 25% del valor total del comercio exportador. Pero la principal exportación era, claramente, la de la plata, que representaba entre el 40% y el 50% del total. El sector externo de la economía hondureña estaba, pues, esencialmente en manos de compañías extranjeras. La situación era semejante hacia 1927, salvo que la producción bananera se había extendido masivamente hasta representar un 77% del comercio exportador, en tanto que la importancia de la minería se había reducido proporcionalmente.

El valor total de las exportaciones centroamericanas se incrementó fuertemente durante el período, como resultado del auge primario-exportador. Entre 1883 y 1913, la tasa anual de crecimiento de las exportaciones del istmo se ha calculado en 3,7%, cifra intermedia en relación con otros países tropicales y subtropicales de América Latina¹⁴. Sin embargo, la mayor parte de ese crecimiento exportador, especialmente el dirigido hacia los mercados europeos, parece haber ocurrido en la década anterior a la Primera Guerra Mundial. En lo concerniente a Gran Bretaña, las exportaciones centroamericanas se estancaron en el decenio de 1880 y declinaron en el siguiente, para incrementarse rápidamente entre 1905 y 1914. Respecto de Estados Unidos, una vez con-

cluida la guerra civil en ese país se fortalecieron sus vínculos económicos con el istmo, y aumentaron gradualmente sus importaciones de productos centroamericanos, sobre todo de bananos a fines del siglo XIX e inicios del XX.

En 1913, Centroamérica en su conjunto exportaba más hacia los países europeos que hacia Norteamérica. Guatemala, El Salvador y Nicaragua dirigían más del 60% del valor de sus exportaciones a los mercados europeos, y Costa Rica exportaba proporciones similares a Europa (principalmente café) y a Estados Unidos (sobre todo bananos). Honduras, en cambio, era el país latinoamericano que más dependía del mercado estadounidense, el cual absorbía casi el 90% de sus exportaciones, fundamentalmente bananeras.

En cuanto a la participación de cada país centroamericano en el comercio exportador del istmo, el mayor porcentaje de los 45.000.000 de dólares por concepto de exportaciones en 1913 correspondía a Guatemala. Sin embargo, el valor exportado por habitante era, en cambio, muy superior en Costa Rica¹⁵. Este contraste, que ya era observable desde el siglo XIX, reflejaba por una parte la magnitud absoluta del crecimiento agroexportador guatemalteco basado en su mayor población y disponibilidad de tierras aptas para el café. Por otra parte, sugiere un mayor peso relativo del sector agroexportador en la economía costarricense, vale decir, una mayor dedicación de los recursos naturales y laborales de ese país a la producción para el mercado mundial. De hecho, en términos relativos a su población, Costa Rica era para entonces uno de los países latinoamericanos más fuertemente integrados en ese mercado. Los restantes países del istmo tenían grados de integración bastante menores, aunque crecientes a lo largo del período.

En la década de 1920, las economías centroamericanas se insertaron aún más en el mercado internacional. Las exportaciones totales se duplicaron entre 1913 y 1927, pero en realidad ese crecimiento fue posterior a la conclusión de la Primera Guerra Mundial¹⁶. Durante y después del conflicto bélico centrado en Europa, prosiguió la reorientación de las exportaciones centroamericanas hacia puertos estadounidenses. Solamente Costa Rica exportaba más a Gran Bretaña que a Estados Unidos, debido sobre todo a la reducción de sus exportaciones bananeras desde 1913 y al aumento paralelo de sus exportaciones cafetaleras al viejo continente, canalizadas preferentemente por puertos ingleses. Además de Honduras, cuyas exportaciones seguían dirigidas casi exclusivamente a Estados Unidos, la orientación hacia el mercado norteamericano se tornaba especialmente fuerte en Guatemala y Nicaragua.

El control del capital estadounidense sobre la comercialización externa de los principales productos centroamericanos se incrementó notoriamente durante el período. Fue casi absoluto desde los inicios de

la actividad bananera, y creciente en la cafetalera, donde se enfrentó a firmas europeas ya establecidas.

El peso del comercio exterior respecto del producto interno total aumentó en todos los casos, pero alcanzó niveles especialmente altos en los casos de Costa Rica y Honduras. Estas dos economías agroexportadoras eran, por lo tanto, muy vulnerables a las fluctuaciones en el mercado para su principal producto de exportación. Claro está que su significado era distinto en una economía dominada por las transnacionales que en otra donde los productores nacionales jugaban un papel mucho más relevante. En el resto de Centroamérica, el sector externo tenía un menor peso relativo, aunque siempre tendía a preponderar sobre el desenvolvimiento de la respectiva economía local.

La composición de las exportaciones centroamericanas, en cuanto al tipo de productos primarios, varió significativamente entre 1870 y 1930. Podemos tomar como ejemplo el comercio con Gran Bretaña, que ha sido bien estudiado y constituyó un mercado fundamental para los productos centroamericanos a lo largo del período. La tendencia general que se observa es una reducción de las exportaciones de materias primas centroamericanas, sobre todo tintes para la industria textil, y su reemplazo por productos agrícolas para el consumo humano. Si en la década de 1860 las materias primas constituían casi dos tercios de las exportaciones a Gran Bretaña, a partir del siguiente decenio se redujeron sus valores absolutos y relativos, que llegaron a ser mínimos después de 1900. Además del añil y la cochinilla, en gradual o abrupta declinación, se exportaban maderas finas, principalmente de Honduras pero también de otros países. Asimismo, se embarcaban productos pecuarios (cuero, pieles y cebo), metales y otros productos extractivos. Sin embargo, ya en la década de 1890 los productos agrícolas constituían nueve décimos del valor exportado, y casi la totalidad del mismo después del fin de siglo. Se trataba, claro está, de café y, en segundo lugar, bananos, así como pequeñas cantidades de otros productos agrícolas, v.g. zarzaparrilla, azúcar sin refinar y cacao.

El comercio importador

El modelo de crecimiento agroexportador mono o bicultivista estuvo asociado, entre 1870 y 1930, a un aumento sin precedentes en el comercio importador. Éste repercutió a su vez, usualmente de modo negativo, sobre la producción centroamericana para los mercados internos. La política de apertura de los mercados centroamericanos, impulsada por los partidarios del librecambismo dentro y fuera de la región, contraponía las ventajas de la especialización agroexportadora en países de agricultura tropical y el bajo coste de las manufacturas

europas y norteamericanas, al coste social de reducir o eliminar la producción artesanal en diversos rubros y frenar el crecimiento de manufacturas e industrias locales. Para los ideólogos liberales, ése era el precio inevitable del progreso económico, que para la Centroamérica de aquel entonces era casi sinónimo de crecimiento agroexportador y, primordialmente, cafetalero. Hasta alrededor de 1913, la idea de las ventajas comparativas tuvo, además, cierto sustento en la evolución de los términos de intercambio entre productos industriales y agroexportaciones tropicales. Efectivamente, el dinamismo de la revolución industrial decimonónica generó un crecimiento más acelerado de la producción manufacturera europea y norteamericana que de los productos tropicales de exportación entre 1883 y 1913. En cambio, entre 1913 y 1929, la tasa de crecimiento de la producción industrial en aquellos países fue, más bien, un tanto inferior a la de los productos tropicales de exportación, con lo cual se invirtió la tendencia anterior. Así, tras el interludio del conflicto bélico que trastornó de todos modos el comercio internacional, durante la década de 1920 hubo un deterioro sostenido de los términos de intercambio y, por consiguiente, una desvalorización relativa del trabajo centroamericano productor de bienes primarios, especialmente agrícolas. El balance final del auge primario-exportador, para el istmo, fue un crecimiento indudable aparejado al debilitamiento de las bases para un desarrollo entrelazado de los distintos sectores de cada economía, así como de los vínculos comerciales entre países del istmo por su relación cada vez más estrecha con mercados extrarregionales.

El comercio importador de la región se orientó más tempranamente hacia Estados Unidos que el de otros países latinoamericanos. Así, en 1913 sólo El Salvador obtenía algo más de la mitad de sus importaciones del viejo continente, en tanto que los demás países del istmo compraban principalmente del mercado norteamericano. Hacia 1929 se había acentuado el peso de los bienes estadounidenses en el comercio exterior de todos los países del istmo, aunque de modo más extremo en Honduras y Nicaragua. Entre 1913 y 1927, las importaciones centroamericanas de Estados Unidos crecieron a un ritmo tres veces superior al de las importaciones provenientes de Inglaterra, el principal abastecedor europeo. La inserción del istmo a la esfera mercantil estadounidense era, pues, cada vez más completa.

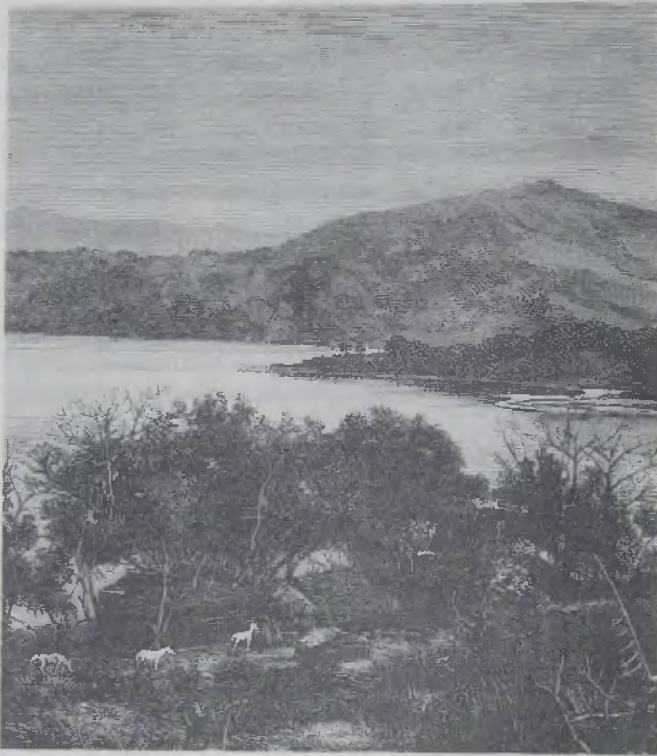
En su conjunto, la balanza comercial centroamericana fue favorable en lo concerniente al valor total de sus exportaciones e importaciones. A fines de la década de 1880, la región tenía un superávit comercial de casi 6.000.000 de dólares¹⁷. Solamente Nicaragua tenía, para entonces, un déficit comercial. En 1913 se registraba un superávit regional de casi 10.000.000 de dólares, y en 1927 de 18.000.000 de dólares. Sin embargo, con Estados Unidos era desfavorable en ambos años, pues

Centroamérica importaba de ese país más de lo que le exportaba. Todo lo contrario ocurría, por consiguiente, con las naciones europeas, como venía sucediendo a lo largo del período.

Por países, la balanza comercial fue especialmente favorable (salvo en años críticos como el de 1920) en los casos de Guatemala, Costa Rica y El Salvador. Nicaragua tuvo saldos desfavorables con cierta frecuencia, v.g. en 1902, 1912, 1917, 1920 y 1927, y Honduras mantuvo déficits recurrentes y sustanciales en su comercio exterior¹⁸. El auge cafetalero se tradujo, pues, en superávits comerciales en la mayor parte del istmo, en contraste con la debilidad de la economía nacional hondureña en su sector externo.

La composición de las importaciones centroamericanas durante el período permite entender mejor su impacto sobre la producción local. Se trataba fundamentalmente de bienes de consumo, y sobre todo de productos textiles (especialmente telas de algodón, aunque también sedas, tejidos de lana, linos y yute). Ya en 1870 los textiles representaban casi dos tercios de las importaciones centroamericanas de Gran Bretaña, y desde 1875 hasta 1915 el valor de los textiles importados triplicó el de otros productos británicos. A ello habría que adicionar las prendas de vestir elaboradas, con lo cual el monto de las manufacturas textiles ascendía en algunos años al 90% del total importado. Como es lógico, tales importaciones masivas afectaban seriamente a la producción textil local, frenando la expansión tanto de la elaboración artesanal como de cualquier manufactura fabril en la región. La especialización caficultora generó una creciente importación de granos básicos, cuya producción había crecido más lentamente que la población. Es el caso de Costa Rica a lo largo del período, y de El Salvador que comenzó a importar granos básicos en la década de 1920. Parte de esas importaciones provenían de Nicaragua, pero también de otros países. La bonanza cafetera tuvo, pues, su contrapartida en la pérdida de autosuficiencia alimentaria y en las crecientes importaciones de productos manufacturados.

Los bienes de capital constituían entre el 10 y el 20% del valor de las importaciones centroamericanas de Gran Bretaña desde 1870 hasta 1915. Se trataba, principalmente, de productos de la industria metal-mecánica, a saber: artículos de ferretería, maquinaria, piezas metálicas y equipo tanto para los ferrocarriles como para el procesamiento del café¹⁹. En lo fundamental, las importaciones de bienes de capital a lo largo del período tendían a reforzar el énfasis primario-exportador de las economías centroamericanas, más que a la industrialización local. Llama la atención, asimismo, que pese al desarrollo de innovaciones tecnológicas locales en el beneficiado de café desde mediados del siglo XIX, la maquinaria mejorada fuese importada a Centroamérica. Ello contrasta con otros casos latinoamericanos donde hubo alguna indus-



19. LAGO DE ILOPANGO EN EL SALVADOR.

trialización local. Con todo, las importaciones centroamericanas de maquinaria y equipo contribuyeron significativamente a la tecnificación del beneficiado del café y también del procesamiento azucarero. Y los insumos ferreteros, importados también, facilitaron la generalización del uso de herramientas metálicas en labores agrícolas, con lo cual se mejoró indudablemente la eficiencia del trabajo.

De modo análogo a lo que sucedía con el comercio exportador, el mayor volumen de las importaciones centroamericanas correspondía a Guatemala, pero en proporción a su población Costa Rica importaba el doble o triple (per cápita) que cualquier otro país de la región. También a este respecto era la costarricense la economía más fuertemente integrada en el mercado mundial, pese a sus niveles absolutos muy inferiores.

Inversión extranjera y capital local

Desde el punto de vista de los flujos tanto de mercancías como de capital, al igual que ocurría en el plano geopolítico, se opera entre 1870 y 1930 una reorientación sustancial de las relaciones externas del istmo. El período se abre con el apogeo de la influencia inglesa en la región, y prosigue con su posterior declinación y el fortalecimiento concomitante de la presencia estadounidense en Centroamérica, como sucedía también en algunas zonas del Caribe. El ascenso de la nueva potencia industrial norteamericana y la afirmación de su preponderancia en la región trascendieron el plano de las redes mercantil-financieras, para transformar cuantitativa y cualitativamente las inversiones directas de capital foráneo en la región al redefinir no solamente los sectores de actividad económica a que se dirigían dichas inversiones, sino también la profundidad de su control sobre los mismos, v.g. mediante la integración vertical de varias fases desde la producción o procesamiento hasta el transporte y la comercialización.

Después de la Independencia pero sobre todo de mediados del siglo XIX, y hasta la Primera Guerra Mundial, el capital inglés dominó ampliamente las inversiones extranjeras en Centroamérica, como dominaba también su comercio exterior, aunque su control directo sobre la producción se limitaba a sectores muy específicos. Si bien antes de 1870 se registran inversiones británicas, relativamente pequeñas, en Guatemala y Nicaragua, desde fines de la década de 1860 aumentaron mucho más rápidamente esas inversiones en Honduras y Costa Rica. Así, lo invertido en esos dos países representaba el 93% de las inversiones británicas en la región centroamericana hacia 1875. Alrededor del fin de siglo se incrementarían también en el resto de Centroamérica dichas inversiones. Ya para 1913 se había duplicado el capital británico invertido en la región, en comparación con 1875²⁰.

A lo largo del período, las inversiones británicas fueron principalmente en préstamos a los gobiernos centroamericanos, ferrocarriles y servicios, v.g. electricidad. Hubo, no obstante, cambio de énfasis durante el período. A inicios del mismo, se trataba casi exclusivamente de préstamos a los gobiernos del istmo, respaldados con bonos estatales. Entre el fin y principio de siglo se incrementaron sustancialmente las inversiones británicas en empresas, que representaban ya un 37% de su inversión nominal en la región en 1890, y un 63% en 1913. También hubo en esos años sustanciales inversiones británicas en minería, sobre todo en Honduras pero también en Costa Rica, Nicaragua y El Salvador. El apogeo de esas inversiones parece haberse alcanzado alrededor de 1890, año en el cual el 75% de las inversiones mineras de súbditos y compañías británicas se localizaba en Honduras. Veinte años después, se habían reducido muy significativamente, y la mayor parte

de ellas se localizaba en Nicaragua. En cambio, las inversiones ferroviarias del capital inglés, apreciables desde inicios del período, crecieron fuertemente durante el mismo. En 1913, los ferrocarriles conformaban más de nueve décimos del capital británico invertido en empresas dentro de la región ²¹.

Las inversiones directas estadounidenses tuvieron una expansión tardía respecto de las británicas, aunque llegarían a ser más importantes. El capital norteamericano se canalizó, entre 1880 y 1913, especialmente hacia las plantaciones bananeras, aunque también hubo inversiones importantes en ferrocarriles, minería y servicios. Pese a ello, para la región como un todo y en cada uno de los cinco países, todavía en 1913 había un claro predominio de las inversiones británicas, que triplicaban el valor de las estadounidenses. El desplazamiento de aquéllas por éstas sobrevendría, pues, en las postrimerías del período analizado. Así, entre 1913 y 1929, las inversiones británicas en Centroamérica crecieron menos del 5%, mientras que las estadounidenses aumentaron en un 250% ²². Aunque el monto total de las inversiones estadounidenses en 1929 era sólo ligeramente superior al de las inglesas, la pérdida de importancia relativa del capital británico era clara e irreversible frente a la expansión económica norteamericana.

Cabe destacar que el grueso de las inversiones directas de capital tanto inglés como estadounidense se canalizó esencialmente hacia actividades lucrativas distintas de la producción cafetalera, que para entonces constituía el eje de las economías centroamericanas y el medio de acumulación principal de la clase dominante local. Aunque algunos ingleses y estadounidenses invirtieron también en el negocio del café, su peso en éste y en el total de las inversiones estadounidenses en la región fue mínimo.

Pese a que el capital anglosajón dominaba abrumadoramente la inversión extranjera en Centroamérica, cabe hacer referencia a otros inversionistas, sobre todo alemanes, por su mayor inserción en la actividad cafetalera y, finalmente, en las elites locales. Se trataba ya no de accionistas lejanos de compañías que operaban en la región, sino de inmigrantes que se establecieron principalmente en las tierras altas del Pacífico centroamericano y se dedicaron, con bastante éxito, al negocio cafetalero. Aunque mantenían vínculos con casas mercantiles y entidades financieras de su país de origen, su administración directa de empresas de propiedad individual o familiar en uno u otro país centroamericano los asimilaba, de hecho, a los empresarios locales. Como lo señala Rafael Menjivar, siguiendo a Hilferding, más que de exportación de capitales propiamente dicha, se trataba de una «transferencia» y, desde el punto de vista del país de origen, una «desnacionalización» de capital extranjero o, si se quiere, su «centroamericanización» ²³.

En el sector cafetalero, los inmigrantes inversionistas provinieron

sobre todo de Alemania, país que importaba gran parte del café centroamericano, ya fuese vía Inglaterra o directamente. En Guatemala, adonde habían llegado desde la década de 1860, los alemanes producían hacia 1913, en ciento setenta fincas, más de un tercio del café exportado por ese país²⁴. Los caficultores alemanes en Guatemala establecieron sus plantaciones sobre todo en la zona montañosa del norte, y de allí se extendieron también hacia el sur de México. Por otra parte, durante la crisis de fin de siglo se apropiaron también de fincas pertenecientes a guatemaltecos. Había también, aunque en proporción mucho menor, otros caficultores europeos, centroamericanos, mexicanos y colombianos establecidos en Guatemala para entonces.

La participación de extranjeros, principalmente alemanes pero también ingleses y estadounidenses, fue muy significativa en la caficultura nicaragüense —sobre todo en el norte del país— a principios del siglo XX²⁵. Su peso preponderante guarda relación no sólo con la relativa debilidad y fraccionamiento de la elite local, sino también con la fuerte presencia extranjera en Nicaragua, donde las potencias extrarregionales habían competido desde mediados del siglo XIX por influencia y control territorial.

También en Costa Rica, aunque en menor proporción, los alemanes y otros extranjeros llegaron a controlar una parte apreciable de la producción cafetalera (el 14,5% del área en café, según el censo de 1935, y seguramente un porcentaje mayor de la cosecha). Aunque había fincas pertenecientes a individuos y firmas extranjeras en todo el Valle Central, su presencia era especialmente notoria en el oriente del mismo, donde al final de nuestro período controlaban más de un tercio del área cafetalera, y en ciertas zonas específicas más del 60% de ella²⁶.

Aún en el caso de El Salvador, donde el capital nacional retuvo mayor control sobre el cultivo del café, hubo inmigrantes alemanes y de otras nacionalidades que se convirtieron en prominentes cafetaleros desde fines del siglo XIX. Usualmente, ellos o sus herederos adquirieron posteriormente la nacionalidad salvadoreña. En todo caso, el peso relativo de los extranjeros en la caficultura salvadoreña hacia el final del período era, ciertamente, menor que en otros países centroamericanos²⁷.

Claro está que las propiedades cafetaleras de extranjeros en toda Centroamérica, y sobre todo las de alemanes, eran relativamente grandes, por lo cual pese a su reducido número tenían un peso significativo. Como hemos visto, éste era mayor en Nicaragua y Guatemala, menor en Costa Rica y mínimo en El Salvador. Sólo excepcionalmente había firmas metropolitanas o transnacionales involucradas directamente en el cultivo cafetalero centroamericano entre 1870 y 1930. Por regla general, la caficultura propiamente dicha estaba en manos de productores nacionales y de inmigrantes extranjeros o nacionalizados.

La presencia del capital extranjero, ya no sólo de inmigrantes sino también de firmas europeas y norteamericanas, era mucho mayor en el beneficiado y, sobre todo, en la comercialización externa del café, así como en el financiamiento a los productores locales. Muchos de éstos no sólo entregaban su café a las compañías beneficiarias y exportadoras, sino que hipotecaban sus fincas en garantía de préstamos recibidos. La preponderancia de capitales foráneos en el procesamiento y comercialización externa del café se relaciona con la escala de la inversión inicial requerida para el beneficiado, las conexiones necesarias para insertarse directamente en el mercado mundial del grano, y las condiciones de acceso al crédito metropolitano.

La diferencia entre el papel del capital extranjero en la actividad bananera y en la cafetalera era significativa, por el alto grado de integración vertical de aquélla bajo el control de transnacionales, y por el mayor peso relativo del capital local en la caficultura. Claro está que, así como si había fincas cafetaleras pertenecientes a capitales foráneos, también había productores bananeros más o menos independientes, sobre todo en Nicaragua. Pero la relación entre capital nacional y extranjero era, sin duda, muy diferente en el litoral atlántico, con sus características de «enclave», y en el eje productivo del Pacífico centroamericano. A excepción de la producción bananera y el negocio cafetalero, la inversión de empresas extranjeras era mínima en el resto del sector agropecuario centroamericano durante el período: la ganadería, la caña de azúcar, los granos básicos y el algodón.

La industria manufacturera estaba poco desarrollada en Centroamérica. Las pocas fábricas, en su mayoría relativamente pequeñas, producían fundamentalmente bienes de consumo tales como textiles, ropa y calzado, fósforos y candelas, cigarrillos y puros, o bebidas (gaseosas, cerveza, licor). Se trataba, pues, de una liviana industria de bienes de consumo, de alcances limitados por la estrechez del mercado interno y la competencia de la producción artesanal en algunos casos y de las manufacturas importadas en otros. Aparte de las agroindustrias cafetaleras y cañeras, que dominaban el sector secundario en términos de inversión de capital, el principal ejemplo de una industria centroamericana ligada estrechamente a la producción agroexportadora fue la fabricación de sacos para café en El Salvador. Además, las empresas industriales eran casi siempre relativamente pequeñas por su número de empleados y por la escala de su proceso productivo, a diferencia de las agroindustrias, algunas de las cuales crecieron hasta constituir complejos con mucha maquinaria y mano de obra. Si bien había un reducido número de fábricas urbanas, frecuentemente se asemejaban a talleres, y en muchas de ellas los sistemas de producción eran casi artesanales. El capital era predominantemente local o de inmigrantes europeos y, en el caso de Honduras, árabes. En ese país